

Phelps, Edmund (2017): *Una prosperidad inaudita*. Barcelona: RBA. ISBN: 978-84-9056-782-1. Reseñado por Albert Muñoz Miralles, Universitat Jaume I. Reseña recibida: 12 febrero 2018. Reseña aceptada 5 julio 2018.

El premio nobel de Economía Edmund Phelps presenta en su último libro un análisis sobre el devenir histórico del capitalismo para sugerir una serie de reformas que obedecen a una reorientación valorativa que, a su juicio, permitiría recuperar el dinamismo perdido. Pues, según reconoce este autor, el funcionamiento de una economía depende del entramado institucional, además del sustento vital que aporta la cultura económica. Consecuentemente, en la primera parte del libro trata de dilucidar cuáles son los valores que estimularon la prosperidad acumulada entre los siglos XIX y XX para revitalizar un aliento que se habría ido agotando debido a la influencia contrapuesta y creciente de otro tipo de valores, más acordes a un modelo tradicional de sociedad. Sin embargo, la oposición entre tradicionalismo y modernismo, clave para la elaboración de su argumentación, se revela notoriamente desenfocada.

El dinamismo es el elemento definitorio de una economía moderna, entendido como la voluntad y la capacidad de innovar, por lo que se alimenta de la difusión en una sociedad de actitudes y creencias propicias a la generación de ideas, a la experimentación y la creatividad.

Phelps rebate la tesis schumpeteriana (Schumpeter, 1997) según la cual la innovación se origina en el ámbito científico, para defender el carácter autóctono de esta, es decir, que sería el fruto de la actividad creativa de las personas que participan en la economía de un país –no solo los emprendedores, también quienes financian la idea o quienes optan por probar el producto como consumidores–. Es decir, lo fundamental sería la existencia de una cultura vigorosa y unas instituciones favorables a la innovación. Pero la implantación de ese marco adecuado puede tropezar con resistencias.

Phelps trata de distinguir, en ese sentido, ya en la segunda parte del libro, lo que denomina *capitalismo moderno*, de otros modelos económicos: el capitalismo mercantil que le precedió, el socialismo, pero fundamentalmente del *corporativismo*. La clasificación obedece a una defensa de los principios y mecanismos propios de unos mercados abiertos a la libre competencia y, por tanto, a la entrada de nuevos actores, lo que propiciaría el auge de ese dinamismo innovador que propugna el autor. Así, denuncia la persistencia histórica –de manera más acentuada en Europa– de principios

tradicionalistas como la seguridad o la solidaridad, que habría dado lugar a la implantación de regímenes político-económicos fuertemente intervencionistas que tienden a privilegiar los intereses corporativos de determinados grupos o sectores, acogiendo el clientelismo y la corrupción, y mermando la eficiencia de un sistema cuyo porvenir se revela insostenible. Sin embargo, Phelps subestima la importancia de las diferencias particulares así como de las situaciones históricas subsumiéndolas en una categoría excesivamente amplia y, por tanto, poco operativa, como se antoja su caracterización del *corporativismo*.

Phelps redundaría, siguiendo esta vía, en las críticas habituales a un Estado sobrecargado que habría propiciado una excesiva confluencia de intereses entre lo público y lo privado que adultera la competencia, lo que alimenta una cultura conformista que alienta la exigencia de derechos en detrimento de la iniciativa. Si bien, hay que decir que no llega a alinearse con los posicionamientos libertarios o defensores a ultranza del *laissez faire* que pretenden reducir el Estado a su mínima expresión posible, atribuyéndole en cambio un papel fundamental para impulsar el dinamismo –de hecho, critica las soluciones políticas consistentes en meras rebajas impositivas– a través de inversiones adecuadas, o fomentando la educación para promover

la igualdad de oportunidades y la trasmisión de los valores *modernos*. También propone algunas reformas interesantes dirigidas a corregir los fallos que se han provocado en los últimos años desde el sector privado, como la reestructuración de la banca comercial para que abandone las prácticas de riesgo y pase a priorizar la inversión desde la proximidad. Sin embargo, sus sugerencias no se articulan en una propuesta suficientemente completa y precisa.

El discurso de Phelps invita a entender la economía como un campo abierto a la creatividad, al enfrentamiento de retos, a la superación, que permite dejar una impronta personal. El trabajo, gracias a las experiencias que aporta, se muestra como un espacio propicio para la realización personal. De ahí que en buena medida sus propuestas económicas vayan orientadas a lograr una revalorización del trabajo, abandonando por tanto la tendencia establecida de promover una concepción *social* de la asistencia –en esa línea en un libro anterior, *Rewarding Work* (2007), sugería que el Estado complementara económicamente el rango inferior de remuneraciones, mediante la subsidiación a las empresas para estimular la contratación, y cumplir así la función inclusiva que atribuye al trabajo–. La menor gratificación que manifestarían en décadas recientes los trabajadores con sus empleos demostraría, según Phelps –junto

al estancamiento en los niveles de productividad y empleo- el decaimiento general del dinamismo que denuncia, lo que revelaría un distanciamiento político y social respecto al impulso modernizador. Pero fiarlo todo, en esa variable, a los resultados aportados por encuestas de satisfacción laboral se antoja poco exigente, ya que las respuestas son muy sensibles a expectativas y valores cambiantes a lo largo del tiempo y según diversas circunstancias.

Se echa en falta, en cambio, una aproximación más atenta a las condiciones específicas que para el desarrollo del trabajo genera el capitalismo actual, que abriera una reflexión sobre los efectos de la revolución tecnológica, las nuevas formas de interacción y de consumo digital, la deslocalización, la temporalidad, o la introducción de nuevos modelos de organización y producción. Si se trata de reivindicar la participación en la vida económica y productiva como una vía generadora de sentido y oportunidades para el florecimiento personal, habría que analizar más a fondo las condiciones reales en las que hoy se realiza la inserción en el mundo laboral.

La singularidad de su planteamiento, en todo caso, responde a su intento de proporcionar una justificación a un sistema económico que le proporcione sentido más allá de las motivaciones y resultados estrictamente económicos, pues en tanto

facilite el desarrollo de un modelo de *vida buena* se debe constituir como una *economía buena*, que ha de responder también a las exigencias de justicia. A tal propósito están dedicados, fundamentalmente, los capítulos finales del libro. No obstante, el delineamiento que trata de componer de ese camino vital se revela poco consistente. Se trataría, en resumidas cuentas, de aquel modo de vida que estimula el florecimiento humano -considerando, eso sí, al ser humano individual-. De este modo, patentiza una voluntad por trascender el esquema del *homo economicus* que alberga la teoría económica estándar, y para ello enfatiza la búsqueda de incentivos más valiosos que los que confiere la noción de utilidad, reclamando una visión aparentemente más amplia del desarrollo personal. Sin embargo, el intento solamente alcanza un recorrido limitado.

Su propuesta se declara heredera del humanismo moderno, que habría liberado los poderes del individuo de la sujeción tradicional al conjunto social. Si bien reconoce el origen del ideal de una vida buena en Aristóteles, presenta una lectura un tanto forzada que le presenta casi como un prefigurador inconsciente del espíritu individualista moderno, sirviéndose de una traducción de *eudaimonia* como florecimiento -personal- limitado en sus posibilidades solo por la pervivencia de

un contexto tradicional; como si la comunidad, la *polis*, no fuera precisamente la que otorga su sentido al ideal aristotélico. Pero es la caracterización posterior de la cultura moderna lo que impide dotar de solidez argumentativa a su propuesta.

Ciertamente, el reconocimiento del individuo como un valor en sí mismo, alguien que legítimamente puede construir su propio proyecto de vida desafiando su inserción mecánica como mero elemento en un engranaje social predeterminado, supone un paso clave en la constitución de una modernidad occidental que lleva a trascender el mundo holístico tradicional. El mundo moderno establece así condiciones inéditas para la libertad y el desarrollo personal; de este modo permite la manifestación de un *ethos* idiosincrásico. Pero ello no significa que, como supone Phelps, cualquier consideración social o interpersonal responda a la pervivencia de algún valor tradicional enfrentado frontalmente a la expansión del *modernismo*. Así, resulta controvertido que catalogue automáticamente las aspiraciones familiares como tradicionales, denunciando que impiden una dedicación más plena al desarrollo personal a través del trabajo. Pues, de este modo, parece ignorar Phelps que la autonomía de la familia nuclear es un proceso netamente moderno, ligado a la urbanización y al desarrollo

del capitalismo, que vino a ofrecer, además, motivaciones muy valiosas para los participantes en la economía –como el sentido de respetabilidad otorgado por la posibilidad de sacar adelante una familia, mejorando las oportunidades de los hijos–. Sería más bien la primacía creciente del *yo* en la sociedad contemporánea la que, paradójicamente, podría estar provocando una contracción del repertorio motivacional asignado al trabajo.

De este modo, cabe entender la argumentación de Phelps como la mera expresión de una determinada ideología, la del desarrollo personal, lo que denota un marcado sesgo individualista, lejos de representar fidedignamente los valores del humanismo. Pues lo que el autor describe como valores modernos representarían más bien rasgos ciertos de personalidad, que tomados conjuntamente conformarían un tipo específico de carácter. El cual se ajusta sospechosamente a los requerimientos del capitalismo actual, definido por la flexibilidad. El participante idóneo en este escenario es, precisamente, alguien desprovisto de ataduras, abierto al cambio, presto a actuar en situaciones de incertidumbre.

Además, la reivindicación moderna de la individualidad, lejos de conformar un flujo coherente, ha generado múltiples tensiones, como ya apuntó Daniel Bell (1982),

entre sus diversas expresiones en la esfera económica y la cultural. Los desajustes culturales que afectarían al desarrollo de la actividad económica contemporánea podrían así responder más bien a una inflación del individualismo que a un apego obstinado a valores anti-modernos.

Por lo que respecta al cumplimiento de las exigencias de justicia a las que debe atender la elección de un sistema económico, Phelps se adhiere a una interpretación discutible de la teoría de Rawls -tal como la expone principalmente en *Teoría de la justicia* (Rawls, 1979)- que le permite incidir en la idea de reconocer en el trabajo, o en la participación activa en la actividad económica, la fuente fundamental, por no decir exclusiva, de las demandas legítimas de justicia. Pero la pretensión rawlsiana de hallar una teoría de justicia válida para las sociedades democráticas no se restringe a una cuestión relativa al ajuste de los salarios y las cargas y beneficios asociados a estos. Conforme a la lectura que realiza Phelps, en la posición original prevalecería el modelo propio de la economía moderna, aunque esta elección estaría revelando una adscripción apriorística a una concepción del bien predeterminada -es decir, aquella que situaría el florecimiento personal como fin-, y desvirtuaría así el sentido de la construcción rawl-

siana. En último término, vendría a sugerir Phelps, en el *capitalismo moderno* se produciría la deseada confluencia entre eficiencia y justicia, gracias al elevado grado de inclusión que puede alcanzar.

En conclusión, Phelps incide en las cuestiones relativas a la sostenibilidad general del sistema con vistas al futuro, plantea diversas advertencias y sugerencias, y pone el énfasis en la importancia de potenciar la innovación y el emprendimiento como factores claves para vitalizar el dinamismo económico. De este modo, incide en cuestiones que no debieran ser soslayadas. No obstante, sus indicaciones no alcanzan a articularse en una propuesta suficientemente coherente y completa, al carecer de una base filosófica sólida. Además se encuentra lastrada desde su origen por un relato construido sobre una simplificadora que pugna entre tradicionalismo y modernismo que sirve a la postre de escasa ayuda para esclarecer y abordar los problemas que plantea el complejo escenario económico y político actual. La concepción de la justicia que sugiere, por otro lado, no permite trascender el marco limitado que establece el mercado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aristóteles (1988). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Bell, Daniel (1982). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza.

Phelps, Edmund (2007). *Rewarding Work*. Cambridge: Harvard University Press.

— (2017). *Una prosperidad inaudita*. RBA: Barcelona.

Rawls, John (1979). *Teoría de la justicia*. México: FCE.

Schumpeter, Joseph (1997). *Teoría del desenvolvimiento económico: una investigación sobre ganancias, capital, crédito, interés*. México: FCE.

Laval, Christian y Dardot, Pierre (2017). *La pesadilla que no acaba nunca. El neoliberalismo contra la democracia*. Barcelona: Gedisa. Reseñado por Álvaro Ramos Colás, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Reseña recibida: 7 marzo 2018. Reseña aceptada: 26 junio 2018.

La pesadilla que no acaba nunca, el nuevo libro de Christian Laval y Pierre Dardot (filósofo y sociólogo respectivamente), es un intento de explicar las bases del neoliberalismo, cómo funciona, cómo daña los sistemas democráticos y, en definitiva, cómo afecta a nuestras vidas. Su enfoque conjuga el análisis filosófico y la investigación social, mostrando que es posible ofrecer una explicación del mundo en el que vivimos de un modo accesible, sin por ello renunciar a la conceptualización rigurosa. La tesis fundamental del texto es la definición del neoliberalismo como lógica, entendida como una especie de metalenguaje capaz de imponer su propia

gramática a ideologías que, en principio, se le oponen (Laval y Dardot, 2017: 12).

El primer punto sobre el que llaman la atención Laval y Dardot es la relación antagonica entre el neoliberalismo y la democracia. En primer lugar, porque el primero es regido por la oligarquía, mientras la democracia, recuerdan los autores siguiendo la definición aristotélica, es «el gobierno de los pobres para los pobres» (Laval y Dardot, 2017: 21). Según esta definición, los intereses de los distintos grupos sociales se oponen, lo que se refleja en la constitución política de la sociedad. El gobierno de las élites sería la oligarquía, y el de los desfavorecidos,